

The background of the cover is a painting of a woman in a dark, long-sleeved dress sitting at a desk. She is looking out a large window at a cityscape with several tall, spired buildings. On the desk, there are several stacks of books, an open book, and a lamp with a glass globe. The scene is lit with a warm, golden light, suggesting a late afternoon or early morning setting. The overall style is reminiscent of 19th-century book illustrations.

Margaret Oliphant

La Ventana  
de la Biblioteca

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LA VENTANA DE LA BIBLIOTECA

MARGARET OLIPHANT

PUBLICADO: 1896  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG AUSTRALIA  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

# LA VENTANA DE LA BIBLIOTECA

## CAPÍTULO I

Al principio no era consciente de las muchas discusiones que se habían suscitado acerca de aquella ventana. Estaba casi enfrente de una de las ventanas del amplio y anticuado salón de la casa en que pasé aquel verano, que fue de tanta importancia en mi vida. Nuestra casa y la Biblioteca quedaban en lados opuestos de la ancha calle Mayor de St. Rule's, que es una calle hermosa, espaciosa y muy tranquila, según piensan los forasteros que llegan de lugares más ruidosos; pero en una tarde de verano hay mucho ir y venir, y la quietud está llena de sonido: el sonido de pisadas y de voces agradables, suavizado por el aire estival. Incluso hay momentos excepcionales en que se pone ruidosa: la época de la feria, y a veces los sábados por la noche, y cuando pasan trenes de excursionistas. Entonces ni siquiera el aire más blando y soleado de la tarde puede suavizar los tonos ásperos y los pasos torpes; pero en esos momentos poco apacibles cerramos las ventanas, y hasta yo, que soy tan aficionada a ese mirador profundo donde puedo refugiarme de todo lo que ocurre dentro y convertirme en espectadora de toda la variada historia de afuera, me retiro de mi atalaya. A decir verdad, nunca ocurría gran cosa adentro. La casa pertenecía a mi tía, a quien —según ella misma dice, ¡gracias a Dios!— nunca le pasa nada. Creo que en su tiempo

le pasaron muchas cosas; pero todo eso había quedado atrás en la época de que voy a hablar, y era vieja y muy tranquila. Su vida transcurría en una rutina nunca interrumpida. Se levantaba a la misma hora cada día y hacía las mismas cosas en la misma sucesión, día a día lo mismo. Decía que esto era el mayor apoyo del mundo, y que la rutina es una especie de salvación. Puede que así sea; pero es una salvación muy aburrida, y yo solía pensar que preferiría los incidentes, fueran del tipo que fueran. Pero entonces yo no era vieja, lo cual marca toda la diferencia.

En la época de que hablo, el profundo mirador de la ventana del salón era para mí un gran consuelo. Aunque era una señora anciana —quizás precisamente por ello—, era muy tolerante y tenía una especie de simpatía hacia mí. Nunca me decía nada, pero a menudo me dedicaba una sonrisa cuando veía cómo me había instalado con mis libros y mi cesto de labor. Hacía muy poca labor, me temo: de vez en cuando unos pocos puntos cuando me venía el espíritu, o cuando estaba bien enfrascada en un sueño y me tentaba más seguirlo que leer mi libro, como ocurría a veces. Otras veces, si el libro era interesante, solía terminar volumen tras volumen sentada allí, sin prestarle atención a nadie. Y con todo prestaba una cierta atención. Las señoras ancianas de la tía Mary venían de visita, y las oía hablar, aunque rara vez las escuchaba; pero a pesar de todo, si tenían algo interesante que decir, es curioso cómo lo encontraba después en mi mente, como si el aire me lo hubiera traído. Venían y se iban, y yo tenía la sensación de sus viejos sombreros deslizándose hacia dentro y hacia afuera, y el frufú de sus vestidos; y de vez en cuando tenía que levantarme de un salto y dar la mano a alguna que me conocía y preguntaba por mi papá y mi mamá. Entonces la tía Mary me volvía a dedicar una pequeña sonrisa, y yo me escabullía de nuevo a mi ventana. Nunca parecía importarle. Mi madre no me lo habría permitido, lo sé. Ella habría recordado docenas de cosas que había que hacer. Me habría enviado arriba a buscar algo de lo que yo estaba bastante segura que no necesitaba, o abajo a llevar algún mensaje del todo innecesario a la criada. Le gustaba tenerme corriendo de un lado para otro. Quizás esa era una de las razones por las que era tan aficionada al salón de la tía Mary, y al profundo mirador de la ventana, y a la cortina que caía medio sobre él, y al amplio alféizar donde podía acumular tantas cosas sin que la regañaran por el desorden. Siempre que algo nos aquejaba en aquellos tiempos, nos enviaban a St. Rule's a reponer fuerzas. Y ese era mi caso en la época de que voy a hablar.

Todo el mundo había dicho, desde que aprendí a hablar, que yo era fantasiosa y soñadora, y todos los demás términos con que se hace sentir tan a menudo incómoda a una chica que quizás tiene afición a la poesía y es dada a pensar. La gente no sabe lo que quiere decir cuando dice «fantasiosa». Suena a Madge Wildfire o algo por el estilo. Mi madre pensaba que yo debía estar siempre ocupada para mantener alejadas las tonterías de mi cabeza. Pero en realidad no era nada aficionada a las tonterías. Era más bien sería que lo contrario. No le habría dado ningún problema a nadie si me hubieran dejado en paz. Solo que tenía una especie de segunda vista, y era consciente de cosas a las que no prestaba atención. Incluso leyendo el libro más interesante, las cosas de que se estaba hablando me llegaban flotando; y oía lo que la gente decía en las calles al pasar bajo la ventana. La tía Mary siempre decía que yo podía hacer dos, e incluso tres cosas a la vez: leer y escuchar y ver al mismo tiempo. Estoy segura de que no escuchaba mucho, y raramente miraba afuera con deliberación — como hacen algunas personas que se fijan en los sombreros que llevan las señoras en la calle —; pero sí oía lo que no podía por menos de oír, incluso cuando estaba leyendo mi libro, y sí veía toda clase de cosas, aunque con frecuencia podía pasar media hora entera sin levantar los ojos.

Esto no explica lo que dije al principio: que había habido muchas discusiones acerca de aquella ventana. Era, y sigue siendo, la última ventana de la hilera de la Biblioteca del Colegio, que está enfrente de la casa de mi tía en la calle Mayor. Aunque no exactamente enfrente, sino un poco al oeste, de modo que la veía mejor desde el lado izquierdo de mi mirador. La acepté con toda calma como una ventana como cualquier otra, hasta que oí por primera vez la conversación sobre ella que se desarrollaba en el salón.

—¿Ha llegado usted a alguna conclusión alguna vez, Mrs. Balcarres — dijo el viejo Mr. Pitmilly —, sobre si esa ventana de enfrente es una ventana o no lo es?

Dijo «Mistress Balcarres», y a él siempre le llamaban Mr. Pitmilly, Morton: que era el nombre de su finca.

—La verdad es que nunca estoy segura —dijo la tía Mary—, y llevo todos estos años.

—¡Válgame Dios! —dijo una de las señoras ancianas—. ¿Y qué ventana puede ser esa?

Mr. Pitmilley tenía la costumbre de reírse mientras hablaba, lo cual no me agradaba; pero era cierto que él quizás no tenía especial deseo de agradarme. Dijo: «Oh, simplemente la ventana de enfrente», con su risa entrecruzada en las palabras; «nuestra amiga nunca ha podido decidirse sobre ella, aunque lleva viviendo enfrente desde...»

—No hace falta que mencione la fecha —dijo otra—. ¡La ventana de la Biblioteca! Dios mío, ¿qué ha de ser sino una ventana? A esa altura no podría ser una puerta.

—La cuestión —dijo mi tía— es si es una ventana de verdad, con cristal, o si está simplemente pintada, o si fue alguna vez una ventana y ha sido tapiada. Y cuanto más la mira la gente, menos capaz es de decirlo.

—Déjenme ver esa ventana —dijo la vieja lady Carnbee, que era muy activa y resuelta; y entonces se abalanzaron todas sobre mí: tres o cuatro señoras ancianas muy ansiosas, y la cabeza de cabello blanco de Mr. Pitmilley asomando por encima de sus sombreros, y mi tía sentada tranquila y sonriente detrás.

—Recuerdo muy bien la ventana —dijo lady Carnbee—; sí, y no soy la única. Pero en su aspecto actual es como cualquier otra ventana; aunque diría yo que no ha sido limpiada en la memoria de los hombres.

—Ya veo lo que quiere decir —dijo una de las otras—. Es que está como muerta, sin ningún reflejo; pero he visto cosas peores.

—Sí, muy muerta, desde luego —dijo otra—; pero eso no es regla, porque estas mozas de criadas en estos tiempos tan malos...

—No, las mujeres están bien —dijo la voz más suave de todas, que era la de la tía Mary—. Yo nunca les dejaría arriesgar la vida limpiando el exterior de la mía. Y en la vieja Biblioteca no hay criadas: quizás hay algo más en ello que eso.

Se habían metido todas en mi mirador, apretujándose contra mí, una hilera de caras viejas que escrutaban algo que no comprendían. Tenía en la mente una sensación de lo curioso que era: ese muro de señoras ancianas con sus viejos vestidos de raso, todos vidriados por la edad; lady Carnbee con su encaje en torno a la cabeza. Nadie me miraba ni pensaba en mí; pero sentía inconscientemente el contraste de mi juventud con su vejez, y las miraba fijamente mientras ellas miraban por encima de mi cabeza a la ven-

tana de la Biblioteca. Hasta ese momento no le había prestado ninguna atención. Me interesaban más las señoras ancianas que lo que ellas miraban.

—El marco está bien al menos, eso sí puedo verlo, y pintado de negro...

—Y los cristales también están pintados de negro. No es una ventana, Mrs. Balcarres. Han rellenado el hueco, en tiempos del impuesto de ventanas; ya lo recordará su señoría, lady Carnbee.

—¡Recordar! —dijo esa anciana señora—. Recuerdo cuando se casó tu madre, Jeanie; y eso no fue ni ayer ni anteayer. Pero en cuanto a la ventana, no es más que una ilusión; y esa es mi opinión al respecto, si me la preguntan.

—Hay una gran falta de luz en esa enorme sala del colegio —dijo otra—. Si fuera una ventana, la Biblioteca tendría más luz.

—Una cosa está clara —dijo una de las más jóvenes—: no puede ser una ventana por la que se vea. Puede estar rellena o tapiada, pero no es una ventana que dé luz.

—¿Y quién ha oído hablar de una ventana que no sea para ver a través? —dijo lady Carnbee.

Me fascinó la expresión de su cara, que era una curiosa mueca de desdén, la de alguien que sabe más de lo que quiere decir; y luego mi errante fantasía quedó presa de su mano cuando la levantó, echando hacia atrás el encaje que caía sobre ella. El encaje de lady Carnbee era lo principal en ella: encaje español negro y pesado con grandes flores. Todo lo que llevaba estaba guarnecido de él. Un largo velo del mismo colgaba sobre su viejo sombrero. Pero su mano que salía de ese encaje pesado era una cosa curiosa de ver. Tenía los dedos muy largos, muy afilados, que habían sido muy admirados en su juventud; y la mano era muy blanca, o más que blanca: pálida, blanqueada y exangüe, con grandes venas azules que se marcaban en el dorso; y llevaba unos anillos finos, entre ellos un gran diamante en un feo engaste antiguo de garras. Le quedaban demasiado grandes y estaban liados con seda amarilla para que se sujetaran; y este pequeño cojín de seda, vuelto marrón por el largo uso, había girado de tal modo que resultaba más visible que las joyas mismas; mientras el gran diamante ardía por debajo en el hueco de su mano, como algo peligroso que se ocultara y lanzara dardos de luz. La mano, que parecía acabar casi en punta con ese extraño adorno por

debajo, se aferró a mi imaginación medio aterrorizada. También ella parecía decir mucho más de lo que se decía. Sentí que podía agarrarme con afiladas garras, y que la criatura agazapada y deslumbrante podía morderme: con una picadura que llegaría hasta el corazón.

Al poco rato, sin embargo, el círculo de caras viejas se deshizo; las señoras ancianas volvieron a sus asientos; y Mr. Pitmilly, pequeño pero muy erguido, se quedó de pie en medio de ellas hablando con suave autoridad, como un pequeño oráculo entre las damas. Solo lady Carnbee llevaba siempre la contraria al pulcro y pequeño caballero anciano. Gesticulaba, cuando hablaba, como una francesa, y lanzaba adelante esa mano suya con el encaje colgando, de manera que yo siempre captaba un vislumbre del diamante agazapado. Me parecía que tenía aspecto de bruja en medio del cómodo grupito que prestaba tanta atención a todo lo que Mr. Pitmilly decía.

—Por mi parte, soy de la opinión de que no hay ninguna ventana ahí en absoluto —dijo él—. Se parece mucho a lo que se llama en lenguaje científico una ilusión óptica. Se produce generalmente, si me permiten usar tal palabra en presencia de damas, de un hígado que no está en el perfecto orden y equilibrio que ese órgano requiere; y entonces se ven cosas: un perro azul, recuerdo, era la cosa en un caso, y en otro...

—El hombre ha perdido el juicio —dijo lady Carnbee—. Recuerdo las ventanas de la vieja Biblioteca desde que recuerdo cualquier cosa. ¿Es la Biblioteca misma también una ilusión óptica?

—«No, no», y «No, no», dijeron las señoras ancianas. «Un perro azul sería un extraño capricho; pero la Biblioteca la hemos conocido todas desde nuestra juventud», dijo una. «Y recuerdo cuando se celebraron allí las Asambleas un año cuando estaban construyendo el Ayuntamiento», dijo otra.

—Es solo un gran entretenimiento para mí —dijo la tía Mary; pero lo extraño era que hizo una pausa ahí, y dijo en voz baja: «ahora»; y luego siguió —: porque a quienquiera que venga a mi casa, siempre se suscitan discusiones sobre esa ventana. Nunca he llegado a decidirme yo misma al respecto. A veces pienso que es un caso de ese malvado impuesto de ventanas, como usted dijo, miss Jeanie, cuando la mitad de las ventanas de nuestras casas fueron tapiadas para ahorrarse el tributo. Y entonces pienso que puede ser por esa clase de construcción en blanco, como los grandes edificios

nuevos del Earthen Mound en Edimburgo, donde las ventanas son solo ornamentos. Y otras veces estoy segura de que puedo ver el cristal brillar cuando le da el sol por las tardes.

—Podría salir de dudas tan fácilmente, Mrs. Balcarres, si se dignara...

—Dar un penique a un chico para que tire una piedra y ver qué ocurre —dijo lady Carnbee.

—Pero no estoy segura de tener ningún deseo de salir de dudas —dijo la tía Mary.

Y entonces hubo un revuelo en la sala, y tuve que salir de mi mirador y abrir la puerta para las señoras ancianas y acompañarlas escaleras abajo, mientras se iban todas siguiéndose una a otra. Mr. Pitmilley ofreció el brazo a lady Carnbee, aunque ella siempre le llevaba la contraria; y así se dispersó la tertulia de té. La tía Mary fue a la cabecera de la escalera con sus invitados a la manera afable y antigua, mientras yo bajaba con ellas para ver que la criada estuviera en la puerta. Cuando volví, la tía Mary seguía de pie en el mirador mirando afuera. Al volver yo a mi asiento, me dijo con una mirada un tanto anhelante: «Bueno, cariño, ¿y cuál es tu opinión?»

—No tengo opinión. Estaba leyendo todo el tiempo —dije.

—Eso es, cariño, y no muy cortés; pero aun así sé muy bien que has oído cada palabra que dijimos.

## CAPÍTULO II

Era una noche de junio; la cena hacía mucho que había terminado, y de haber sido invierno las criadas habrían estado cerrando la casa y mi tía Mary preparándose para subir a su cuarto. Pero seguía siendo plena luz diurna, esa claridad de la que el sol se ha ido hace mucho y que ya no tiene

reflejos rosados, sino que todo se ha hundido en un matiz perlado y neutro: una luz que es luz diurna y sin embargo no es día. Habíamos dado un paseo por el jardín después de cenar, y ahora habíamos vuelto a lo que llamábamos nuestras ocupaciones habituales. Mi tía estaba leyendo. Había llegado el correo inglés y tenía su Times , que era su gran diversión. El Scotsman era su lectura matinal, pero le gustaba su Times por la noche.

En cuanto a mí, yo también estaba en mi ocupación habitual, que en aquella época consistía en no hacer nada. Tenía un libro como siempre, y estaba absorta en él; pero era consciente de todo lo que ocurría al mismo tiempo. La gente paseaba por la amplia acera, haciendo observaciones al pasar bajo la ventana abierta que se colaban en mi historia o en mi sueño, y a veces me hacían reír. El tono y el leve canto, o más bien salmodia, del acento — «un poco de Fife» — era nuevo para mí y estaba asociado con las vacaciones, y era agradable; y a veces decían entre ellos algo que tenía gracia, y con frecuencia algo que sugeriría toda una historia; pero poco a poco empezaron a retirarse, los pasos se espaciaron, las voces se apagaron. Era ya tarde, aunque la clara y suave luz del día seguía y seguía. A lo largo de toda la tarde tardía, que parecía consistir en horas interminables, largas pero no cansadas, prolongadas como si el hechizo de la luz y la vida al aire libre nunca pudiera terminar, yo había lanzado de vez en cuando, sin pensarlo, una mirada a la misteriosa ventana sobre la que mi tía y sus amigas habían discutido, según sentía yo, aunque no me atreviera a decírselo ni a mí misma, con bastante necesidad. Me llamaba la atención sin ninguna intención por mi parte, como cuando uno hace una pausa, por así decir, para tomar aliento en la corriente y flujo de pensamientos y cosas indistinguibles de dentro y de fuera que me arrastraban. Primero se me ocurrió, con una pequeña sensación de descubrimiento, lo absurdo que era decir que no era una ventana, una ventana viva, una por la que se viera. ¿Por qué entonces nunca la habían visto, esas personas mayores? Cuando levanté los ojos de repente vi la tenue grisura como de espacio visible en el interior: una habitación detrás, ciertamente oscura, como es natural que sea una habitación al otro lado de la calle, bastante indefinida; y con todo tan clara que si alguien se acercara a la ventana no habría nada de sorprendente en ello. Porque desde luego había una sensación de espacio detrás de los cristales, esos cristales sobre cuya naturaleza — vidrio o meros cristales pintados en la pared — habían disputado esas señoras mayores y medio ciegas. ¡Qué absurdo!, cuando unos ojos que ven podían saberlo en un momento. Era solo una

grisura por ahora, pero inconfundible: un espacio que se adentraba en la penumbra, como toda habitación cuando se mira desde la calle. No había cortinas que indicaran si estaba habitada o no; pero una habitación: sí, con tanta claridad como nunca habitación lo fue. Estaba satisfecha de mí misma, pero no dije nada, mientras la tía Mary hacía crujir su periódico, a la espera de un momento favorable para anunciar un descubrimiento que resolvía su problema de una vez por todas. Luego me dejé llevar de nuevo por la corriente y olvidé la ventana, hasta que alguien dejó caer sin querer una palabra del mundo exterior: «Me voy a casa; pronto oscurecerá.» ¿Oscurecer? ¿En qué estaría pensando ese necio? Nunca oscurecería si uno aguardaba afuera, vagando en el aire suave durante horas más; y entonces mis ojos, adquiriendo con facilidad ese nuevo hábito, volvieron a cruzar la calle.

¡Ah, ya! Nadie había llegado a la ventana, y ninguna luz había sido encendida, pues todavía era hermoso para leer: una luz quieta, clara, sin color; pero la habitación de adentro se había ensanchado, desde luego. Podía ver el espacio y el aire grises un poco más hondo, y una especie de visión, muy tenue, de una pared, y algo contra ella; algo oscuro, con esa negrura que un objeto sólido, por muy indistintamente que se vea, adopta en la oscuridad más clara que es solo espacio: una cosa grande, negra y oscura que avanzaba hacia el gris. Miré con más atención, y me aseguré de que era un mueble, ya fuera un escritorio o quizás una gran estantería. Sin duda tenía que ser lo último, pues esto formaba parte de la vieja biblioteca. Nunca había visitado la vieja Biblioteca del Colegio, pero había visto lugares así y podía imaginármela perfectamente. ¡Qué curioso que, con todo el tiempo que esas personas mayores habían estado mirándola, nunca hubieran visto esto!

Estaba más silencioso ya, y mis ojos, supongo, se habían cansado de tanto escrutar, haciendo lo posible por distinguirlo todo, cuando de pronto la tía Mary dijo: «¿Quieres tocar el timbre, cariño? Necesito mi lámpara.»

—¿Su lámpara? —exclamé—. ¡Cuando todavía es de día!

Pero entonces eché otra mirada a mi ventana y advertí con un sobresalto que la luz había cambiado ciertamente; porque ahora no veía nada. Seguía siendo luz, pero había tanto cambio en ella que mi habitación, con el espacio gris y la gran estantería en sombra, habían desaparecido, y ya no los veía; porque incluso una noche escocesa en junio, aunque parece que nunca ha de terminar, al final oscurece. Casi lancé un grito, pero me contuve, y

toqué el timbre para la tía Mary, y decidí no decir nada hasta la mañana siguiente, cuando naturalmente todo estaría más claro.

A la mañana siguiente creo que lo olvidé por completo, o estaba ocupada, o más ociosa que de costumbre: las dos cosas significaban casi lo mismo. En cualquier caso no volví a pensar en la ventana, aunque seguía sentada en la mía, enfrente de ella, pero absorbida en alguna otra fantasía. Las visitas de la tía Mary llegaron como de costumbre por la tarde; pero su charla era de otras cosas, y durante uno o dos días no ocurrió absolutamente nada que devolviera mis pensamientos a ese cauce. Pasaría casi una semana antes de que el tema volviera, y fue una vez más la vieja lady Carnbee quien me hizo pensar; no porque dijera nada sobre ese asunto en particular. Pero fue la última en marcharse de entre las visitas de la tarde de mi tía, y cuando se levantó para irse levantó las manos, con esas animadas gesticulaciones que tienen tantas señoras escocesas ancianas.

— ¡Vaya! — dijo —. Ahí sigue esa criatura como un sueño. ¿Está hechizada la muchacha, Mary Balcarres? ¿Está condenada a sentarse ahí de noche y de día el resto de sus días? Deberías tener en cuenta que hay cosas por ahí que no son sanas para las mujeres de nuestra sangre.

Al principio estaba demasiado sobresaltada para darme cuenta de que hablaba de mí. Era como una figura de un cuadro, con su cara pálida color de ceniza y el gran dibujo del encaje español cayéndole por encima, y la mano levantada, con el gran diamante ardiendo en mí desde el interior de su palma alzada. Estaba levantada en señal de sorpresa, pero parecía erguida en maldición; y el diamante lanzaba dardos de luz y brillaba y centelleaba ante mí. De estar en su sitio no habría importado; pero ahí, en el hueco de la mano abierta... Me levanté de un salto, mitad aterrorizada, mitad airada. Y entonces la anciana señora se echó a reír y la mano bajó.

— Te he despertado a la vida y he roto el hechizo — dijo, sacudiendo su vieja cabeza hacia mí, mientras las grandes flores negras de seda del encaje se agitaban y amenazaban.

Y tomó mi brazo para bajar la escalera, riendo y diciéndome que me pusiera firme, y que no temblara y me estremeciera como una caña partida.

— Deberías ser sólida como una roca a tu edad. Yo era como un árbol joven — dijo, apoyándose tan pesadamente que mi frágil y juvenil figura se

estremeció—. Era un sostén de la virtud, como Pamela, en mis tiempos.

—¡Tía Mary, lady Carnbee es una bruja! —exclamé cuando volví.

—¿Eso piensas tú, cariño? Bueno: quizás lo fue en otro tiempo —dijo la tía Mary, a quien nada sorprendía.

Y fue aquella noche otra vez, después de cenar y después de que llegara el correo y el Times, cuando de repente vi la ventana de la Biblioteca de nuevo. La había visto todos los días sin notar nada; pero aquella noche, todavía en un pequeño tumulto de ánimo a causa de lady Carnbee y su malvado diamante que me quería mal, y de su encaje que me lanzaba amenazas y advertencias, miré al otro lado de la calle, y allí vi con toda claridad la habitación de enfrente, mucho más clara que antes. Vi confusamente que debía de ser una sala grande, y que el gran mueble contra la pared era un escritorio. Eso en un instante, cuando mis ojos se posaron por primera vez en él, estaba perfectamente claro: un escritorio antiguo y grande que avanzaba hacia el centro de la sala; y supe por su forma que tenía muchos compartimentos y pequeños cajones en la parte trasera, y una gran tabla para escribir. Había uno igual en la biblioteca de mi padre en casa. Fue tal la sorpresa de verlo todo tan claramente que cerré los ojos, por un momento casi mareada, preguntándome cómo había podido venir a parar aquí el escritorio de papá; y luego, cuando me recordé a mí misma que eso era una tontería, y que había muchos escritorios así además del de papá, y volví a mirar: ya había vuelto todo a ser vago e indistinto como al principio, y no veía nada salvo la ventana en blanco, de la que las señoras ancianas nunca podían estar seguras si había sido tapiada para evitar el impuesto de ventanas, o si había sido alguna vez una ventana en absoluto.

Esto me ocupaba la mente mucho, y sin embargo no se lo decía a la tía Mary. Entre otras razones, rara vez veía algo en las primeras horas del día; pero eso es natural: nunca puedes ver el interior de un lugar desde afuera, sea una habitación vacía, un espejo, los ojos de la gente, o cualquier otra cosa misteriosa, de día. Tiene que ver, supongo, con la luz. Pero en las tardes de junio en Escocia: ese es el momento para ver. Porque es luz diurna y sin embargo no es día, y hay en ella una cualidad que no sé describir, es tan clara, como si cada objeto fuera el reflejo de sí mismo.

Veía cada vez más de la habitación conforme pasaban los días. El gran escritorio avanzaba más y más hacia el espacio; con a veces cosas blancas y

luminosas que parecían papeles sobre él; y una o dos veces estaba segura de ver un montoncito de libros en el suelo junto al escritorio, como si tuvieran doradura sobre ellos en manchas rotas, como los libros viejos. Siempre era más o menos en el momento en que los mozos de la calle empezaban a llamarse unos a otros diciendo que se iban a casa, y a veces una voz más aguda salía de alguna de las puertas, mandando a alguien que «llamara a los muchachos» para que volvieran a cenar. Ese era siempre el momento en que veía mejor, aunque era justo el momento en que el velo parecía caer y la clara radiosidad se hacía menos viva, y todos los sonidos morían en la calle, y la tía Mary decía con su voz suave: «¡Cariño! ¿Quieres tocar el timbre?» Decía «cariño» como la gente dice «querida»; y creo que es una palabra más bonita.

Luego, por fin, una tarde, mientras estaba sentada con el libro en la mano, mirando directamente al otro lado de la calle, sin que nada me distrajera, vi un pequeño movimiento en el interior. No era nadie visible: pero todo el mundo debe saber lo que es ver el estremecimiento en el aire, la pequeña perturbación —no puedes decir qué es, pero indica que hay alguien ahí, aunque no puedas ver a nadie—. Quizás es una sombra que produce un solo destello en el lugar quieto. Puedes mirar una habitación vacía y los muebles que hay en ella durante horas, y de pronto habrá el destello, y sabes que algo ha entrado en ella. Podría ser solo un perro o un gato; podría ser, si eso fuera posible, un pájaro que cruzara volando; pero es alguien, algo vivo, que es tan distinto, tan completamente distinto, en un instante, de las cosas que no están vivas. Me pareció que me atravesaba de parte a parte, y di un pequeño grito. Entonces la tía Mary se agitó un poco y bajó el enorme periódico que casi la cubría por completo, y dijo: «¿Qué es, cariño?»

Grité «¡Nada!» con un pequeño jadeo, rápidamente, pues no quería que me perturbaran precisamente en ese momento en que ¡alguien estaba llegando! Pero supongo que no quedó satisfecha, pues se levantó y se puso detrás a ver qué era, poniendo la mano en mi hombro. Era el tacto más suave del mundo, pero yo podría haberlo apartado airada: porque en ese momento todo volvió a quedarse quieto, y el lugar se puso gris y no vi nada más.

—Nada —repetí; pero estaba tan contrariada que podría haber llorado—. Te dije que era nada, tía Mary. ¿Es que no me crees, que vienes a mirar y lo arruinas todo?

No pretendía decir estas últimas palabras, naturalmente; me fueron arrancadas. Estaba muy molesta de ver que todo se desvanecía como un sueño; porque no era ningún sueño, sino tan real como... tan real como yo misma o cualquier cosa que hubiera visto nunca.

Ella me dio una pequeña palmadita en el hombro con la mano.

— Cariño — dijo —, ¿estabas mirando algo? ¿Es eso? ¿Es eso?

— ¿Es el qué? — quería decir yo, sacudiéndome su mano; pero algo me detuvo: no dije nada en absoluto, y ella volvió tranquilamente a su sitio. Supongo que ella misma debe de haber tocado el timbre, porque inmediatamente sentí la suave inundación de la luz detrás de mí, y el exterior se oscureció, como hacía cada noche, y no vi nada más.

Fue al día siguiente, creo, por la tarde, cuando hablé. Me lo suscitó algo que ella dijo acerca de su labor de encaje.

— Se me pone una niebla ante los ojos — dijo —; tendrás que aprender mis viejos puntos de encaje, cariño, porque pronto no veré para sacar los hilos.

— Oh, espero que conserve la vista — exclamé, sin pensar lo que estaba diciendo. Era entonces joven y muy pragmática. Todavía no había descubierto que una puede querer decir algo y sin embargo no decir ni la mitad, ni la centésima parte de lo que parece decir; e incluso entonces probablemente esperando que la contradigan si va en algún modo contra uno mismo.

— ¿Mi vista? — dijo, mirándome con una mirada que era casi de enojo —. No hay ninguna cuestión de perder mi vista; al contrario, mis ojos son muy fuertes. Puede que no vea para sacar hilos finos, pero veo a distancia tan bien como siempre, tan bien como tú.

— No quería ofender, tía Mary — dije —. Pensé que habías dicho... Pero ¿cómo puede tu vista ser tan buena como siempre si tienes dudas sobre esa ventana? Yo puedo ver el interior de la habitación con tanta claridad como...

Me tembló la voz, pues acababa de levantar los ojos y mirar al otro lado de la calle, y podría haber jurado que no había ninguna ventana en absoluto, sino solo una imagen falsa de una pintada en la pared.

— ¡Ah! — dijo ella, con un pequeño tono de agudeza y de sorpresa; y se incorporó a medias, dejando caer apresuradamente su labor como si fuera a

acercarse a mí; luego, quizás al ver la expresión desconcertada de mi cara, se detuvo y vaciló—. Sí, cariño —dijo—, ¿has llegado tan adentro como eso?

¿Qué quería decir? Claro que conocía todas las expresiones escocesas antiguas tan bien como me conocía a mí misma; pero es un consuelo refugiarse en una pequeña ignorancia, y sé que fingía no comprender siempre que algo me desconcertaba.

—No sé lo que quieres decir con «tan adentro» —exclamé, muy impaciente.

No sé lo que habría seguido, pero alguien llegó a hacer una visita precisamente entonces, y ella solo pudo darme una mirada antes de ir hacia adelante, tendiendo la mano a su visita. Era una mirada muy suave, pero angustiada, y como si no supiera qué hacer; y sacudió levemente la cabeza, y me pareció, aunque había una sonrisa en su cara, que tenía algo húmedo en los ojos. Yo me retiré a mi mirador y no se dijo nada más.

Pero era muy desconcertante que fluctuara tanto; porque a veces veía aquella habitación perfectamente clara y nítida, tan clara como podía ver la biblioteca de papá, por ejemplo, cuando cerraba los ojos. La comparaba naturalmente con el despacho de mi padre, a causa de la forma del escritorio, que, como digo, era el mismo que el suyo. A veces veía los papeles sobre la mesa perfectamente claros, tal como los había visto muchas veces en la mesa de él. Y el pequeño montón de libros en el suelo al pie, no colocados regularmente en orden, sino apilados unos sobre otros con todos los ángulos en distintas direcciones, y una mota de la vieja doradura brillando aquí y allá. Y luego, en otras ocasiones, no veía nada, absolutamente nada, y no estaba mejor que las señoras ancianas que habían estado asomando por encima de mi cabeza, frunciendo los párpados y argumentando que la ventana había sido tapiada a causa del antiguo y ya abolido impuesto de ventanas, o que nunca había sido una ventana en absoluto. Me molestaba mucho en esos momentos apagados sentir que yo también fruncía los párpados y no veía mejor que ellas.

Las señoras ancianas de la tía Mary venían e iban día a día mientras junio avanzaba. Yo tenía que volver en julio, y sentía que sería muy reacia a marcharme antes de haber aclarado del todo —como estaba efectivamente en camino de hacer— el misterio de aquella ventana que cambiaba tan extraña-

mente y presentaba un aspecto completamente distinto no solo a distintas personas, sino a los mismos ojos en distintos momentos. Naturalmente me decía a mí misma que debía de ser simplemente un efecto de la luz. Y sin embargo tampoco me gustaba mucho esa explicación, y habría preferido poder establecer para mí misma que era alguna superioridad en mí lo que lo hacía tan claro, aunque no fuera más que la gran superioridad de los ojos jóvenes sobre los viejos; aunque eso tampoco era suficiente para satisfacerme, pues era una superioridad que compartía con cada chico y cada chica de la calle. Creo que más bien quería pensar que había en mí alguna perspicacia particular que daba claridad a mi vista —lo cual era una suposición de lo más impertinente, pero que en realidad no significaba ni la mitad del daño que parece significar cuando se escribe aquí en negro sobre blanco—. Había visto sin embargo varias veces más la habitación con toda claridad, y comprobado que era una sala grande, con un cuadro grande en un marco dorado y oscuro colgado en la pared del fondo, y muchos otros muebles sólidos que formaban una negrura aquí y allá, además del gran escritorio contra la pared, que evidentemente había sido colocado cerca de la ventana para aprovechar la luz. Una cosa tras otra se me fue haciendo visible, hasta que casi pensé que acabaría por ser capaz de leer las viejas letras de uno de los grandes volúmenes que sobresalía de los demás y cogía la luz; pero todo esto no era más que el prelude al gran acontecimiento que ocurrió hacia el día de San Juan de verano —la festividad de San Juan, que antaño era tan celebrada, pero que ahora no significa nada en Escocia, como ninguna otra festividad de santos: lo cual siempre me parece una gran lástima y una pérdida para Escocia, diga lo que diga la tía Mary.

## CAPÍTULO III

Era hacia el solsticio de verano, no podría precisar el día con exactitud, pero cerca de esa fecha, cuando ocurrió el gran acontecimiento. Para entonces

me había familiarizado mucho con aquella gran sala oscura. No solo el escritorio, que ya era muy claro para mí, con los papeles encima y los libros a sus pies, sino el gran cuadro que colgaba de la pared del fondo, y varios otros muebles en sombra, especialmente una silla que una tarde vi que había sido movida al espacio frente al escritorio: un pequeño cambio que me hizo latir el corazón, pues hablaba con tanta elocuencia de alguien que debía de haber estado allí, el alguien que ya me había sobresaltado dos o tres veces antes con alguna sombra vaga de él o estremecimiento de él que producía una especie de movimiento en el espacio silencioso: un movimiento que me hacía estar segura de que al minuto siguiente tendría que ver algo u oír algo que lo explicaría todo, si no fuera porque siempre ocurría algo afuera que lo impedía, en el preciso momento en que iba a producirse. Esta vez no tuve ninguna advertencia de movimiento o sombra. Un momento antes había estado mirando hacia el interior de la habitación con mucha atención y había distinguido todo casi con más claridad que nunca; y luego había vuelto a concentrar la atención en mi libro, y había leído un par de capítulos en un momento muy emocionante de la historia; y en consecuencia había abandonado del todo St. Rule's, y la calle Mayor, y la Biblioteca del Colegio, y estaba realmente en un bosque sudamericano, casi estrangulada por las trepadoras floridas, y avanzando con cautela para no poner el pie en un escorpión o una serpiente peligrosa. En ese momento algo que de pronto llamó mi atención hacia afuera me hizo mirar al otro lado, y entonces, con un sobresalto, me puse en pie de un salto, pues no podía contenerme. No sé qué dije, pero lo suficiente para sobresaltar a las personas que había en la sala, una de las cuales era el viejo Mr. Pitmilly. Todos se volvieron hacia mí para preguntar qué ocurría. Y cuando di mi respuesta habitual de «Nada», sentándome de nuevo avergonzada pero muy excitada, Mr. Pitmilly se levantó y se acercó y miró afuera, al parecer para ver cuál era la causa. No vio nada, pues volvió a su sitio, y pude oírle decirle a la tía Mary que no se alarmara, que la señorita se había quedado dormida con el calor y se había sobresaltado al despertar, ante lo cual todos se rieron; en otro momento podría haberle matado por su impertinencia, pero mi mente estaba demasiado absorbida ahora para prestar atención alguna. Me palpitaba la cabeza y me latía el corazón. Estaba, sin embargo, en tal estado de alta excitación que contenerme por completo, estar perfectamente callada, me resultó más fácil entonces que en cualquier otro momento de mi vida. Esperé hasta que el anciano caballero volvió a sentarse, y luego miré de nuevo. ¡Sí, allí estaba! No

me había engañado. Supe entonces, cuando miré al otro lado, que eso era lo que había estado buscando todo ese tiempo: que sabía que estaba allí y le había estado esperando, cada vez que había ese destello de movimiento en la habitación: a él y a nadie más. Y allí estaba por fin, tal como yo había esperado.

No sé si en realidad le había esperado nunca a él, ni a nadie; pero esto fue lo que sentí cuando, mirando de repente hacia aquella extraña sala oscura, le vi allí.

Estaba sentado en la silla, que él mismo debía de haber colocado, o que alguien en el silencio de la noche, cuando nadie miraba, debía de haber dispuesto para él, frente al escritorio, con la espalda vuelta hacia mí, escribiendo. La luz caía sobre él por la izquierda, y por tanto sobre sus hombros y el costado de su cabeza, que sin embargo estaba demasiado girada para mostrar nada de su cara. ¡Oh, qué extraño que hubiera alguien mirándole fijamente como yo lo hacía, y que él nunca volviera la cabeza ni hiciera un movimiento! Si alguien se quedara mirándome, estuviera yo en el sueño más profundo que haya existido, me despertaría, me levantaría de un salto, lo sentiría a través de todo. Pero él estaba allí sentado y no se movía. No hay que suponer, aunque dije que la luz caía sobre él por la izquierda, que hubiera mucha luz. Nunca la hay en una habitación que se mira así desde el otro lado de la calle; pero había suficiente para verle: el contorno de su figura oscuro y sólido, sentado en la silla, y la claridad de su cabeza visible débilmente, una mancha luminosa en la penumbra. Veía ese contorno contra el tenue dorado del marco del gran cuadro que colgaba en la pared del fondo.

Me quedé sentada todo el tiempo que los visitantes estuvieron allí en una especie de éxtasis, mirando fijamente aquella figura. No sabía razón alguna por la que debiera emocionarme tanto. En circunstancias ordinarias, ver a un estudiante en una ventana de enfrente haciendo tranquilamente su trabajo podría haberme interesado un poco, pero desde luego no me habría emocionado de ningún modo semejante. Siempre es interesante tener un vislumbre así de una vida desconocida: ver tanto y sin embargo saber tan poco, y preguntarse quizás qué está haciendo el hombre y por qué nunca vuelve la cabeza. Uno se acercaría a la ventana —pero no demasiado, no sea que le vea a uno y piense que le está espiando— y preguntaría: ¿sigue ahí? ¿está escribiendo, escribiendo siempre? ¡Me pregunto qué está escribiendo! Y sería una gran diversión; pero nada más. Este no era en absoluto mi sen-

timiento en el presente caso. Era una especie de vigilancia sin aliento, una absorción. Sentía que no tenía ojos para nada más, ni espacio en la mente para otro pensamiento. Ya no oía, como generalmente hacía, las historias y las observaciones sabias —o necias— de las señoras ancianas de la tía Mary ni de Mr. Pitmilly. Solo oía un murmullo detrás de mí, el intercambio de voces, una más suave, otra más aguda; pero no era como en los tiempos en que me sentaba leyendo y oía cada palabra, hasta que la historia de mi libro y las historias que ellos contaban —lo que decían casi siempre tomaba forma de historias— se mezclaban todas unas con otras, y el héroe de la novela se convertía de algún modo en el héroe —o más probablemente en la heroína— de todas ellas. Pero ahora no prestaba atención a lo que decían. Y no era que hubiera nada muy interesante en que fijarse, salvo el hecho de que él estaba allí. No hacía nada para mantener la absorción de mis pensamientos. Se movía solo tanto como lo hace un hombre cuando escribe muy ocupado, sin pensar en nada más. Había un leve vuelco de su cabeza al pasar de un lado al otro de la página que estaba escribiendo; pero parecía ser una página larga, larga, que nunca necesitaba ser vuelta. Solo una pequeña inclinación cuando llegaba al final de la línea, hacia afuera, y luego una pequeña inclinación hacia adentro cuando empezaba la siguiente. Era bien poco para mantener la mirada fija. Pero supongo que era el curso gradual de los acontecimientos que habían conducido hasta aquí, el descubrimiento de una cosa tras otra conforme los ojos se acostumbraban a la vaga luz: primero la sala misma, luego el escritorio, luego los demás muebles, y por último el habitante humano que le daba sentido a todo. Todo aquello era tan interesante que era como un país que se hubiera descubierto. Y luego la extraordinaria ceguera de las otras personas que disputaban entre sí si era una ventana o no. No quería ser irrespetuosa, y quería mucho a mi tía Mary, y me caía bastante bien Mr. Pitmilly, y le tenía miedo a lady Carnbee. Pero aun así, pensar en la... sé que no debería decir estupidez... la ceguera de ellos, la necedad, la insensibilidad: ¡discutiendo como si algo que tus ojos podían ver fuera algo que debía discutirse! Habría sido poco caritativo pensar que era porque eran viejos y sus facultades estaban embotadas. Es tan triste pensar que las facultades se embotan, que una mujer como mi tía Mary llegara a fallarle la vista, o el oído, o el tacto, que yo no me habría detenido en ello ni por un momento, me habría parecido tan cruel. ¡Y luego una anciana señora tan inteligente como lady Carnbee, que veía a través de una piedra de molino, según decían! ¡Y Mr. Pitmilly, tan viejo hombre de

mundo! Me llevaba las lágrimas a los ojos pensar que toda esa gente inteligente, solo por ya no ser joven como yo, tuviera las cosas más sencillas cerradas para ellos; y que con toda su sabiduría y todo su saber no pudieran ver lo que una chica como yo podía ver con tanta facilidad. Sentía demasiada pena por ellos como para detenerme en ese pensamiento, y medio avergonzada, aunque quizás medio orgullosa también, de estar tan mejor que ellos.

Todos esos pensamientos cruzaron mi mente mientras estaba sentada mirando al otro lado de la calle. Y sentía que había tanto que pasaba en aquella habitación del otro lado. Él estaba tan absorto en su escritura: nunca levantaba la vista, nunca hacía una pausa para buscar una palabra, nunca se volvía en la silla ni se levantaba y paseaba por la habitación como hacía mi padre. Papá es un gran escritor, todo el mundo lo dice; pero él habría venido a la ventana y habría mirado afuera, habría tamborilear con los dedos en el cristal, habría observado una mosca y la habría ayudado a salvar una dificultad, y habría jugado con el fleco de la cortina, y hecho una docena de otras cosas agradables, placenteras y necias, hasta que tomara forma la siguiente frase. «Querida, estoy esperando una palabra», le decía a mi madre cuando ella le miraba con una pregunta en los ojos por estar tan ocioso; y luego se reía y volvía a su escritorio. Pero Él, del otro lado, no se detenía nunca. Era como una fascinación. No podía apartar los ojos de él y de ese pequeño movimiento apenas perceptible que hacía al volver la cabeza. Temblaba de impaciencia por verle dar la vuelta a la página, o quizás arrojar la hoja terminada al suelo, como alguien que miraba a través de una ventana como yo vio hacerlo a Sir Walter: hoja tras hoja. Habría gritado si ese Desconocido hubiera hecho eso. No habría podido evitarlo, estuviera quien estuviera presente; y poco a poco entré en tal estado de suspense esperando a que lo hiciera que me ardía la cabeza y se me enfriaban las manos. Y entonces, justo cuando había un pequeño movimiento de su codo, como si fuera a hacerlo, ¡que me llamara la tía Mary para acompañar a lady Carnbee a la puerta! Creo que no la oí hasta que me había llamado tres veces, y entonces me levanté tambaleando, toda encendida y acalorada, y a punto de llorar. Cuando salí del mirador para dar el brazo a la anciana señora — Mr. Pitmilly se había ido un rato antes —, ella levantó la mano y me acarició la mejilla.

—¿Qué le pasa a la criatura? —dijo—. Tiene fiebre. No debes dejarla sentarse sola en la ventana, Mary Balcarres. Tú y yo sabemos lo que trae eso.

Sus viejos dedos tenían un tacto extraño, frío como algo que no está vivo, y sentí ese terrible diamante picarme en la mejilla.

No digo que esto no fuera solo una parte de mi excitación y mi suspense; y sé que basta para hacer reír a cualquiera cuando la excitación era toda por un hombre desconocido que escribía en una habitación del otro lado de la calle, y mi impaciencia porque nunca llegaba al final de la página. ¡Si pensáis que yo no era tan consciente de eso como pudiera serlo cualquiera! Pero lo peor era que esa terrible anciana señora sentía latirme el corazón contra el brazo que tenía dentro del suyo.

—Estás igual que en un sueño —me dijo, con su voz anciana muy cerca de mi oído mientras bajábamos la escalera—. No sé de quién se trata, pero seguro que es algún hombre que no lo merece. Si fueras sensata no pensarías más en él.

—¡No estoy pensando en ningún hombre! —dije, a punto de llorar—. Es muy cruel y terrible de su parte decir eso, lady Carnbee. ¡Nunca he pensado en ningún hombre, en toda mi vida! —exclamé, en un arrebato de indignación. La anciana señora se aferró más a mi brazo y lo apretó contra ella, sin crueldad.

—Pobrecita —dijo—, cómo lucha y aletea. No digo que no sea más peligroso cuando es todo por un sueño.

No era nada cruel; pero yo estaba muy airada y excitada, y apenas quise estrechar aquella mano pálida y vieja que ella tendió hacia mí desde la ventanilla de su carruaje cuando la hube ayudado a subir. Estaba enojada con ella, y le tenía miedo al diamante, que miraba desde bajo su dedo como si me viera de parte a parte; y lo crean o no, estoy segura de que me picó de nuevo: una picadura aguda y maliciosa, ¡ay, llena de significado! Nunca llevaba guantes, sino solo mitones de encaje negro, a través de los cuales brillaba ese diamante horrible.

Subí corriendo las escaleras —había sido la última en irse, y la tía Mary también había ido a arreglarse para cenar, pues era tarde—. Fui a toda prisa a mi sitio y miré al otro lado, con el corazón latiéndome más que nunca.

Estaba casi segura de que vería la hoja terminada tirada en blanco sobre el suelo. Pero lo que tenía ante los ojos era solo la penumbra en blanco de aquella ventana que decían que no era ninguna ventana. La luz había cambiado de alguna manera maravillosa durante esos cinco minutos que había estado fuera, y no había nada: nada, ni un reflejo, ni un destello. Era exactamente como todos decían: la forma en blanco de una ventana pintada en la pared. Era demasiado: me senté en mi excitación y lloré como si se me fuera a romper el corazón. Sentí que le habían hecho algo, que no era natural, que no podía soportar su crueldad: incluso la tía Mary. ¡Pensaban que no era bueno para mí! ¡No era bueno para mí! Y habían hecho algo: incluso la propia tía Mary, y ese malvado diamante que se ocultaba en la mano de lady Carnbee. Naturalmente sabía que todo esto era tan ridículo como cualquiera podría decirme; pero estaba exasperada por la decepción y el brusco freno a todos mis sentimientos excitados, y no podía soportarlo. Era más fuerte que yo.

Llegué tarde a cenar, y naturalmente había algunas huellas en mis ojos de que había estado llorando cuando entré a la plena luz del comedor, donde la tía Mary podía observarme a sus anchas y yo no podía escapar. Dijo: «Cariño, has estado derramando lágrimas. Me pesa, me pesa mucho que una criatura de tu madre tenga que derramar lágrimas en mi casa.»

—No me han hecho derramar lágrimas —exclamé; y luego, para salvarme de otro acceso de llanto, solté una carcajada y dije: «Le tengo miedo a ese terrible diamante de la vieja lady Carnbee. Pica: ¡estoy segura de que pica! Tía Mary, mira aquí.»

—Tontita —dijo la tía Mary; pero me miró la mejilla a la luz de la lámpara, y luego le dio una pequeña palmadita con su mano suave—. Anda, vete, chiquilla tonta. No hay ninguna picadura; solo una mejilla encendida, cariño, y un ojo mojado. Esta noche me leerás el periódico después de cenar cuando llegue el correo; y no habrá más pensar ni más soñar esta noche.

—Sí, tía Mary —dije. Pero sabía lo que pasaría; porque cuando ella despliega su Times, tan lleno de noticias del mundo y de los discursos y cosas en que ella se interesa, aunque yo no podría decir por qué, lo olvida. Y como yo me estaba muy quieta y no hacía ningún ruido, esta noche olvidó lo que había dicho, y la cortina colgaba un poco más sobre mí de lo habitual, y me senté en mi mirador como si estuviera a cien millas de distancia. Y

el corazón me dio un gran vuelco, como si fuera a salirse del pecho; porque allí estaba. Pero no como había estado por la mañana —supongo que la luz quizás no era suficientemente buena para seguir con el trabajo sin una lámpara o velas—; porque se había girado apartándose de la mesa y estaba de cara a la ventana, sentado hacia atrás en la silla, y volviendo la cara hacia mí. No hacia mí: nada sabía de mí. Pensé que no miraba nada en particular; pero con la cara vuelta hacia mi lado. El corazón se me subió a la boca: ¡era tan inesperado, tan extraño!, aunque por qué debería haberme parecido extraño no lo sé, pues no había ninguna comunicación entre él y yo que pudiera haberme conmovido; y ¿qué podía ser más natural que un hombre, cansado de su trabajo, y sintiendo quizás la necesidad de más luz, pero sin que fuera bastante oscuro para encender una lámpara, se volviera en la silla, y descansara un poco, y pensara, quizás en nada en absoluto? Papá siempre dice que está pensando en nada en absoluto. Dice que las cosas le pasan por la mente como si las puertas estuvieran abiertas, y que él no tiene responsabilidad. ¿Qué clase de cosas estarían pasando por la mente de este hombre? ¿O estaba pensando, todavía pensando, en lo que había estado escribiendo, y siguiendo con ello mentalmente? Lo que más me preocupaba era que no podía distinguir su cara. Es muy difícil hacerlo cuando solo se ve a una persona a través de dos ventanas, la de uno y la de él. Quería mucho reconocerle después si llegara a encontrarme con él en la calle. Si se hubiera levantado y paseado por la habitación, habría podido ver el resto de su figura, y luego le habría reconocido de nuevo; o si hubiera venido a la ventana —como hacía papá siempre—, entonces habría visto su cara con bastante claridad para reconocerle. Pero, claro está, él no veía ningún motivo para hacer nada que me permitiera reconocerle, pues no sabía que yo existía; y probablemente si hubiera sabido que le estaba observando, se habría sentido molesto y se habría alejado.

Pero estaba tan inmóvil allí de cara a la ventana como había estado sentado ante el escritorio. A veces hacía un pequeño movimiento apenas perceptible con una mano o un pie, y yo contenía el aliento, esperando que fuera a levantarse de la silla; pero nunca lo hacía. Y con todos los esfuerzos que hacía no podía estar segura de su cara. Fruncía los párpados como la vieja miss Jeanie, que era corta de vista, y me ponía las manos a los lados de la cara para concentrar la luz en él; pero todo era en vano. O la cara cambiaba mientras yo la miraba fijamente, o era la luz que no era suficientemente buena, o no sé lo que era. Su cabello me parecía claro: desde luego no había

ninguna línea oscura en torno a su cabeza, como la habría habido de ser muy moreno; y veía, donde cruzaba el antiguo marco dorado en la pared detrás, que debía de ser rubio; y estoy casi segura de que no tenía barba. En efecto estoy segura de que no tenía barba, pues el perfil de su cara era bastante distinto; y la luz del día seguía siendo perfectamente clara en el exterior, de manera que reconocí perfectamente a un chico panadero que estaba en la acera de enfrente, y a quien habría reconocido de nuevo en cualquier ocasión en que me lo hubiera encontrado: ¡como si importara lo más mínimo reconocer a un chico panadero! Había, sin embargo, algo bastante curioso en ese chico. Había estado tirando piedras a algo o a alguien. En St. Rule's tienen mucha costumbre de tirar piedras unos a otros, y supongo que había habido una batalla. Supongo también que le había quedado en la mano una piedra sobrante de la batalla, y su ojo vagabundo tomaba nota de todos los incidentes de la calle para juzgar dónde podría tirarla con más efecto y más travesura. Pero aparentemente no encontró nada digno de ella en la calle, pues de pronto se dio la vuelta con un quiebro bajo la pierna para demostrar su habilidad, y le apuntó directamente a la ventana. Observé sin observar que golpeó con un sonido duro sin que se rompiera ningún cristal, y cayó directamente al pavimento. Pero no le di ninguna importancia ni siquiera en mi mente, tan intensamente estaba observando la figura del interior, que no se movió ni prestó la más mínima atención, y continuó igual de débilmente clara, perfectamente visible y con todo indistinguible que antes. Y entonces la luz empezó a fallar un poco, sin disminuir la perspectiva del interior, sino haciéndola aún menos distinta de lo que había sido.

Entonces me levanté de un salto, sintiendo la mano de la tía Mary en el hombro.

—Cariño —dijo—, te he pedido dos veces que toques el timbre; pero no me oías.

—¡Oh, tía Mary! —exclamé con gran contrición, pero volviéndome de nuevo a la ventana a pesar de mí.

—Tienes que alejarte de ahí: tienes que alejarte —dijo, casi como si estuviera enojada; y luego su voz suave se fue suavizando más, y me dio un beso—. No te preocupes por la lámpara, cariño; yo misma he llamado y ya viene; pero, chiquilla tonta, no debes estar siempre soñando: a tu cabecita se le irá.

Toda la respuesta que di, pues apenas podía hablar, fue un pequeño gesto con la mano hacia la ventana del otro lado de la calle.

Se quedó allí dándome suaves palmaditas en el hombro durante todo un minuto o más, murmurando algo que sonaba como: «Tiene que marcharse, tiene que marcharse.» Luego dijo, siempre con la mano suave en mi hombro: «Como un sueño cuando uno despierta.» Y cuando volví a mirar, no vi más que la opacidad de una superficie impenetrable y nada más.

La tía Mary no me hizo más preguntas. Me hizo entrar en la sala y sentarme a la luz y leerle algo. Pero no sabía lo que estaba leyendo, porque de pronto me vino a la mente y se apoderó de ella el ruido sordo de la piedra contra la ventana, y su caída recta abajo, como desde alguna materia dura que la rebotara: aunque yo misma había visto cómo golpeaba en el cristal de los paneles del otro lado de la calle.

## CAPÍTULO IV

Me temo que continué durante algún tiempo en un estado de gran exaltación y agitación de ánimo. Solía apresurarme a pasar el día hasta que llegara la tarde, cuando podía observar a mi vecino a través de la ventana de enfrente. No hablaba mucho con nadie, y nunca decía una palabra de mis propias preguntas e interrogantes. Me preguntaba quién era, qué estaba haciendo, y por qué nunca venía hasta la tarde —o muy rara vez—; y también me preguntaba mucho a qué casa pertenecía la habitación en que estaba sentado. Parecía formar parte de la vieja Biblioteca del Colegio, como ya he dicho a menudo. La ventana era una de la hilera de ventanas que, según entendía yo, iluminaban la gran sala; pero si esa habitación pertenecía a la biblioteca misma, o cómo accedía a ella su ocupante, no podía decirlo. Me convencí de que debía de comunicarse con la sala, y de que el caballero debía de ser el Bibliotecario o uno de sus auxiliares, quizás ocupado todo el

día con sus tareas oficiales y solo capaz de llegar a su escritorio y hacer su propio trabajo privado por las tardes. Se han oído tantas cosas así: un hombre que había tenido que dedicarse a algún otro tipo de trabajo para ganarse la vida, y que cuando llegaba su tiempo libre lo entregaba todo a algo que realmente amaba: algún estudio, o algún libro que estaba escribiendo. Mi propio padre había sido así en un momento. Había estado en el Tesoro todo el día, y luego por las tardes escribía sus libros, que le hicieron famoso. Su hija, por poco que supiera de otras cosas, no podía ignorar eso. Pero me desanimó mucho cuando alguien me señaló un día en la calle a un caballero anciano que llevaba peluca y tomaba mucho rapé, y me dijo que ese era el Bibliotecario del viejo Colegio. Me produjo una gran sacudida por un momento; pero luego recordé que un caballero anciano generalmente tiene auxiliares, y que debía de ser uno de ellos.

Poco a poco me convencí de ello. Había otra ventanita más arriba que centelleaba mucho cuando brillaba el sol, y parecía una ventanita muy amable y luminosa, por encima de aquella opacidad de la otra que tanto ocultaba. Me convencí de que era la ventana de su otro cuarto, y de que esas dos habitaciones al extremo de la hermosa sala eran realmente hermosas para que él viviera en ellas, tan cerca de todos los libros, y tan retiradas y tranquilas que nadie sabía de ellas. ¡Qué magnífica situación para él! Y podía verse qué uso hacía de su buena fortuna, sentado allí, tan constante en su escritura durante horas seguidas. ¿Era un libro lo que estaba escribiendo, o podría ser acaso Poesía? Este era un pensamiento que me hacía latir el corazón; pero concluí con mucho pesar que no podía ser Poesía, porque nadie podría posiblemente escribir Poesía así, directamente, sin detenerse a buscar una palabra o una rima. Si fueran Poemas, habría tenido que levantarse, habría tenido que pasearse por la habitación o acercarse a la ventana, como hacía papá, si bien papá no escribía Poesía: siempre decía: «No soy digno ni de hablar de semejantes misterios inexpugnables», meneando la cabeza, lo cual me inspiraba una admiración maravillosa y casi un temor reverencial ante un Poeta, que era así mucho más grande incluso que papá. Pero no podía creer que un Poeta pudiera haberse estado quieto durante horas y horas así. ¿Qué podía ser entonces? Quizás Historia: eso es una gran labor, pero quizás no habría necesidad de moverse ni de ir y venir a grandes pasos, ni de mirar al cielo y a la luz maravillosa.

Él se movía de vez en cuando, no obstante, aunque nunca venía a la ventana. A veces, como he dicho, se volvía en la silla y volvía la cara hacia ella, y se quedaba allí sentado mucho tiempo reflexionando cuando la luz había empezado a fallar y el mundo estaba lleno de ese extraño día que era noche, esa luz sin color en que todo era tan claramente visible y no había sombras. «Era entre la noche y el día, cuando las hadas tienen su poder.» Era la claridad residual de la maravillosa y larga, larguísima tarde estival, la luz sin sombras. Tenía un hechizo en ella, y a veces me daba miedo; y toda clase de pensamientos extraños parecían llegar, y siempre sentía que si tan solo tuviéramos un poco más de visión en los ojos quizás podríamos ver bellas criaturas paseando en ella que no eran de nuestro mundo. Pensaba que lo más probable era que él las viera, por el modo en que estaba allí mirando afuera; y esto hacía que el corazón se me expandiera con la más curiosa sensación, como de orgullo de que, aunque yo no pudiera verlas, él sí las viera, y ni siquiera necesitara acercarse a la ventana como hacía yo, sentada en las profundidades del mirador, con los ojos fijos en él, y casi viendo las cosas a través de sus ojos.

Estaba tan absorta en estos pensamientos y en observarle cada tarde — pues ahora no faltaba nunca una tarde, siempre estaba allí — que la gente empezó a observar que estaba pálida y que no debía de estar bien, pues no prestaba atención cuando me hablaban, y no tenía ganas de salir ni de unirme a las otras chicas para el tenis, ni de hacer ninguna de las cosas que hacían los demás; y algunos le decían a la tía Mary que estaba perdiendo rápidamente todo el terreno que había ganado, y que nunca podría devolverme a mi madre con una cara tan blanca como aquella. La tía Mary había empezado a mirarme con ansiedad algún tiempo antes, y estoy segura de que celebraba consultas secretas sobre mí, a veces con el médico, y a veces con sus señoras ancianas, que creían saber más de las chicas jóvenes que incluso los médicos. Y podía oírles decirle que necesitaba distraerme, que había que entretenerme, y que tenía que llevarme a salir más, y dar una fiesta, y que cuando llegaran los veraneantes quizás habría un baile o dos, o lady Carnbee organizaría una excursión campestre.

— Y viene a casa mi joven lord — dijo la anciana señora a quien llamaban miss Jeanie —, y nunca he conocido a una chiquilla que no levantara la cabeza a la vista de un joven lord.

Pero la tía Mary sacudió la cabeza.

—No me fiaría mucho del joven lord —dijo—. Su madre tiene mucho interés en el dinero para él; y mi pobrecita no tiene fortuna que valga la pena mencionar. No, no debemos aspirar tan alto como al joven lord; pero con mucho gusto la llevaré por el campo a ver los viejos castillos y torres. Quizás la anime un poco.

—Y si eso no da resultado tendremos que pensar en otra cosa —dijo la anciana señora.

Los oí quizás ese día porque hablaban de mí, lo cual es siempre un medio tan eficaz de hacer que uno oiga, pues últimamente no había estado prestando ninguna atención a lo que decían; y pensé para mí cuánto poco sabían ellos, y cuánto poco me importaba a mí incluso los viejos castillos y las casas curiosas, teniendo otra cosa en la mente. Pero justo en ese momento entró Mr. Pitmilly, que siempre era amigo mío y, al oírles hablar, se las arregló para detenerles y desviar la conversación hacia otro cauce. Y después de un rato, cuando las señoras se habían ido, se acercó a mi mirador y echó una mirada por encima de mi cabeza. Y luego le preguntó a mi tía Mary si alguna vez había resuelto su pregunta sobre la ventana de enfrente, «esa que usted pensaba que era una ventana a veces, y otras veces no, y muchas cosas curiosas», dijo el anciano caballero.

Mi tía Mary me lanzó otra mirada muy anhelante; y luego dijo: «A decir verdad, Mr. Pitmilly, estamos donde estábamos, y yo sigo tan indecisa como siempre; y creo que mi sobrina ha adoptado mis puntos de vista, pues la veo muchas veces mirando al otro lado y preguntándose, y ya no tengo claro cuál es su opinión.»

—¿Mi opinión? —dije—. ¡Tía Mary!

No podía evitar ser un poco desdeñosa, como lo es uno cuando es muy joven.

—No tengo ninguna opinión. No solo hay una ventana, sino que hay una habitación, y yo podría mostrarle... —iba a decir: «mostrarle al caballero que está sentado escribiendo en ella», pero me detuve, sin saber qué podrían decir ellos, y miré de uno a otro—. Podría decirles todos los muebles que hay en ella —dije.

Y entonces sentí algo como una llama que me cruzó la cara, y de pronto me ardían las mejillas. Me pareció que se lanzaban una pequeña mirada el

uno al otro, aunque podría haber sido una aprensión mía.

—Hay un cuadro grande, en un marco ancho y oscuro —dije, sintiendo cierta falta de aliento—, en la pared enfrente de la ventana.

—¿De veras? —dijo Mr. Pitmilly, con una pequeña risa. Y dijo: «Ahora les diré lo que haremos. Ya saben que esta noche hay una tertulia, o como lo llamen, en la gran sala, y estará todo abierto e iluminado. Y es una sala hermosa, con dos o tres cosas que bien merecen verse. Después de cenar daré un paso hasta allá y les llevaré a las dos a la tertulia, señora: a la señorita y a usted.»

—¡Dios mío! —dijo la tía Mary—. No he ido a ninguna tertulia en más años de los que me gustaría decir, y nunca a la sala de la Biblioteca.

Luego dio un pequeño estremecimiento, y dijo muy bajo: «No podría ir allí.»

—Pues entonces comenzará de nuevo esta noche, señora —dijo Mr. Pitmilly, sin hacer caso—, y muy orgulloso me sentiré de llevar del brazo a Mistress Balcarres, que fue una vez el orgullo del baile.

—¡Ah, una vez! —dijo la tía Mary, con una pequeña risa baja y luego un suspiro—. Y no digamos cuánto tiempo ha pasado desde entonces.

Y después de eso hizo una pausa, mirándome siempre; y entonces dijo: «Acepto su ofrecimiento, y nos pondremos elegantes; y espero que no tenga motivo para avergonzarse de nosotras. Pero ¿por qué no cena aquí?»

Así quedó acordado, y el anciano caballero se fue a vestirse, con un aire muy satisfecho. Pero yo me acerqué a la tía Mary en cuanto se hubo ido, y le supliqué que no me hiciera ir. «Me gusta la larga y hermosa noche y la luz que dura tanto. Y no puedo soportar la idea de vestirme y salir, malgastándolo todo en una tertulia estúpida. ¡Odio las tertulias, tía Mary! —exclamé—. Y preferiría con mucho quedarme aquí.»

—Cariño —dijo, tomando mis dos manos—, sé que quizás sea un golpe para ti, pero es mejor así.

—¿Cómo podría ser un golpe para mí? —exclamé—. Pero preferiría con mucho no ir.

—Vendrás conmigo, cariño, solo esta vez: no salgo muy a menudo. Vendrás conmigo esta noche, solo esta noche, mi cariño.

Estoy segura de que había lágrimas en los ojos de la tía Mary, y me besaba entre las palabras. No había nada más que yo pudiera decir; pero ¡cómo sentí perder aquella tarde! Una mera tertulia, una velada —cuando el Colegio entero estaba fuera, además, y no había nadie con quien conversar—, en lugar de mi hora encantada en mi ventana y la luz suave y extraña, y la cara oscura que miraba afuera, que me tenía preguntándome y preguntándome en qué estaba pensando, qué estaba buscando, quién era: todo un solo interrogante y misterio y pregunta, a lo largo de la larga, larga noche de lento declinar.

Se me ocurrió, no obstante, cuando me estaba vistiendo —aunque estaba tan segura de que él preferiría su soledad a todo— que quizás, era solo posible, él estaría allí. Y cuando pensé en eso, saqué mi vestido blanco aunque Janet había puesto el azul, y mi pequeño collar de perlas que había pensado que era demasiado bueno para llevarlo. No eran perlas muy grandes, pero eran perlas auténticas, muy igualadas y lustrosas aunque pequeñas; y aunque no pensaba mucho en mi aspecto entonces, debía de haber algo en mí —pálida como estaba pero propensa a colorearme en un instante, con el vestido tan blanco, y las perlas tan blancas, y el cabello todo sombrío quizás— que era agradable de ver; pues incluso el viejo Mr. Pitmilly tenía una expresión extraña en los ojos, como si no solo estuviera complacido sino también algo triste, pensando quizás que era una criatura que tendría aflicciones en esta vida, aunque fuera tan joven y no las conociera. Y cuando la tía Mary me miró, había un ligero temblor en torno a su boca. Ella misma llevaba su bonito encaje y el cabello blanco muy bien arreglado, con su mejor aspecto. En cuanto a Mr. Pitmilly, tenía un hermoso volante de cambray francés fino en la camisa, plisado en los pliegues más menudos, y con un alfiler de diamante que destellaba tanto como el anillo de lady Carnbee; pero esta era una piedra noble, franca y bondadosa, que te miraba de frente y centelleaba, con la luz danzando en ella como si estuviera complacida de verte y de brillar sobre el honrado y fiel pecho de ese anciano caballero; pues él había sido uno de los pretendientes de la tía Mary en sus años mozos, y seguía pensando que no había nadie como ella en el mundo.

Me había puesto ya en un estado bastante animado de ánimo cuando salimos a cruzar la calle en la suave luz de la tarde hacia la sala de la

Biblioteca. Quizás, después de todo, le vería; y vería la habitación que tan bien conocía, y averiguaría por qué se sentaba allí tan constantemente y nunca se le veía fuera. Pensé que quizás incluso podría oír en qué estaba trabajando, lo cual sería una cosa tan agradable de contarle a papá cuando volviera a casa. «Un amigo mío en St. Rule's, ¡oh, mucho más ocupado que tú nunca lo has sido, papá!», y entonces mi padre se reiría como hacía siempre, y diría que él no era más que un holgazán y nunca estaba ocupado del todo.

La sala estaba toda luz y brillo, flores donde hubiera sitio para flores, y las largas hileras de libros que recorrían las paredes a cada lado, iluminándose dondequiera que hubiera una línea de dorado o un adorno, con una pequeña respuesta. Me deslumbró al principio tanta luz; pero estaba muy ansiosa, aunque me mantuve muy quieta, mirando alrededor para ver si quizás en algún rincón, en medio de algún grupo, estaría él. No esperaba verle entre las damas. No estaría con ellas: era demasiado estudioso, demasiado silencioso; pero quizás entre ese círculo de cabezas grises al fondo de la sala, quizás...

No: no estoy segura de que no fuera para mí casi un placer comprobar con certeza que no había ninguno a quien pudiera tomar por él, que se pareciera en algo a mi vaga imagen de él. No: era absurdo pensar que estaría aquí, en medio de todo ese ruido de voces, bajo el resplandor de aquella luz. Sentí un pequeño orgullo pensando que estaba en su habitación como de costumbre, haciendo su trabajo, o reflexionando tan profundamente sobre él, como cuando se volvía en su silla con la cara hacia la luz.

Estaba así calmándome y serenándome un poco, pues ahora que había pasado la expectativa de verle, aunque era una decepción, también era una satisfacción: cuando Mr. Pitmilly se acercó a mí, ofreciéndome el brazo.

—Ahora —dijo—, voy a llevarla a ver las curiosidades.

Pensé para mí misma que después de verlas y de hablar con todos los que conocía, la tía Mary me dejaría volver a casa, así que fui muy gustosamente, aunque las curiosidades no me importaban. Sin embargo, algo me impresionó de manera extraña al subir por la sala. Era el aire, bastante fresco y fuerte, procedente de una ventana abierta en el extremo este de la sala. ¿Cómo podía haber una ventana allí? Apenas capté lo que significaba al

primer momento, pero me golpeó en la cara como si tuviera algún significado, y me sentí muy inquieta sin saber por qué.

Luego hubo otra cosa que me sobresaltó. En ese lado de la pared que daba a la calle no parecía haber ventanas en absoluto. Una larga hilera de estanterías la llenaba de extremo a extremo. No podía ver lo que aquello significaba tampoco, pero me confundía. Estaba del todo confusa. Sentía como si estuviera en un país extraño, sin saber adónde iba, sin saber qué podría descubrir a continuación. Si no había ventanas en la pared que daba a la calle, ¿dónde estaba mi ventana? El corazón, que había estado dando saltos y calmándose durante todo ese tiempo, dio un gran vuelco ante esto, como si quisiera salirse del pecho; pero no sabía qué podía significar.

Luego nos detuvimos ante una vitrina, y Mr. Pitmilley me mostró algunas cosas en ella. No podía prestarles mucha atención. La cabeza me daba vueltas. Oía su voz que seguía hablando, y luego mi propia voz respondiendo con un sonido extraño que me sonaba hueco; pero no sabía lo que decía ni lo que decía él. Luego me llevó al extremo de la sala, al extremo este, diciéndome algo que alcancé a oír: que estaba pálida, que el aire me sentaría bien. El aire me soplaba de lleno, levantando el encaje de mi vestido, levantándome el cabello, casi frío. La ventana se abría a la débil luz del día, al callejoncito que corría junto al extremo del edificio. Mr. Pitmilley seguía hablando, pero no podía entender ni una palabra de lo que decía. Entonces oí mi propia voz, hablando a través de su discurso, aunque no parecía ser consciente de que estaba hablando. «¿Dónde está mi ventana? ¿Dónde está entonces mi ventana?» Parecía que estaba diciendo, y me volví del todo, arrastrándole conmigo, sin soltarle el brazo. Al hacer eso mis ojos cayeron al fin sobre algo que conocía. Era un cuadro grande en un marco ancho, colgado contra la pared del fondo.

¿Qué significaba esto? ¡Oh, qué significaba! Me volví de nuevo a la ventana abierta del extremo este, y hacia la luz del día, la extraña luz sin ninguna sombra, que estaba toda en torno a aquella sala iluminada, sosteniéndola como una burbuja que fuera a estallar, como algo que no era real. El lugar real era la habitación que yo conocía, en la que colgaba ese cuadro, donde estaba el escritorio, y donde él estaba sentado con la cara hacia la luz. Pero ¿dónde estaba la luz y la ventana por donde entraba? Creo que los sentidos deben de haberme abandonado. Me acerqué al cuadro que conocía, y luego caminé directamente a través de la sala, arrastrando siempre a Mr. Pitmilley,

cuya cara estaba pálida, pero que no se resistía sino que me permitía guiarle, directamente hasta donde estaba la ventana, donde no estaba la ventana, donde no había ninguna señal de ella. «¿Dónde está mi ventana, dónde está mi ventana?» decía. Y todo el tiempo estaba segura de que estaba en un sueño, y esas luces eran todas alguna ilusión teatral, y la gente hablando; y nada real salvo la pálida, pálida, vigilante, interminable luz de día, de pie a un lado esperando a que esa burbuja necia estallara.

—Querida —dijo Mr. Pitmilly—, ¡querida! Recuerde que está en público. Recuerde dónde está. No debe armar un alboroto y asustar a su tía Mary. Venga conmigo. Venga, mi querida jovencita, y se sentará un momento o dos y se calmará; y le traeré un helado o un poco de vino.

Seguía dándome palmaditas en la mano, que estaba sobre su brazo, y mirándome muy angustiado.

—¡Por Dios! ¡Por Dios! —decía—. Nunca pensé que fuera a producir este efecto.

Pero no le dejé llevarme en esa dirección. Fui de nuevo al cuadro y lo miré sin verlo; y luego crucé la sala de nuevo, con alguna especie de pensamiento alocado de que si insistía lo encontraría. «¡Mi ventana, mi ventana!» decía.

Había uno de los profesores de pie allí, y me oyó.

—¿La ventana? —dijo—. Ah, se ha dejado engañar por lo que parece desde afuera. La pusieron ahí para guardar uniformidad con la ventana de la escalera. Pero nunca fue una ventana real. Está justo detrás de esa estantería. Mucha gente se deja engañar por ella —dijo.

Su voz parecía sonar desde algún lugar lejano, como si fuera a seguir para siempre; y la sala nadaba en un deslumbramiento de brillos y de ruidos en torno a mí; y la luz del día por la ventana abierta se ponía más gris, esperando a que terminara todo y la burbuja estallara.

## CAPÍTULO V

Fue Mr. Pitmilly quien me llevó a casa; o más bien fui yo quien le llevé a él, empujándole un poco por delante de mí, aferrada a su brazo, sin esperar a la tía Mary ni a nadie. Salimos de nuevo a la luz del día afuera: yo, sin siquiera una capa o un chal, con los brazos al descubierto, y la cabeza descubierta, y las perlas en el cuello. Había una agolpada de gente, y el chico del panadero, ese chico del panadero, se puso justo en mi camino y gritó: «¡Menuda estampa!», voceando a los otros: las palabras me golpearon de algún modo, como su piedra había golpeado la ventana, sin ningún motivo. Pero no me importó que la gente me mirara, y crucé la calle a toda prisa, con Mr. Pitmilly medio paso por delante. La puerta estaba abierta, y Janet de pie en ella, mirando afuera para ver todo lo que pudiera de las damas con sus trajes elegantes. Dio un grito cuando me vio cruzar la calle a toda prisa; pero yo pasé rozándola, y empujé a Mr. Pitmilly escaleras arriba, y le llevé sin aliento al mirador, donde me dejé caer en el asiento, sintiendo que no podría haber dado un paso más, y señalé con la mano hacia la ventana. «¡Ahí! ¡Ahí!», grité.

¡Ah! Ahí estaba: no esa turba insensata, no el teatro con la luz de gas y la gente toda en un murmullo y un estrépito de voces. Nunca en todos esos días había visto aquella habitación tan claramente. Había un tenue matiz de luz detrás, como si hubiera podido ser el reflejo de algunas de esas luces vulgares de la sala, y él estaba sentado contra ella, sereno, envuelto en sus pensamientos, con la cara vuelta hacia la ventana. Nadie podría haber dejado de verle. Janet podría haberle visto si la hubiera llamado a subir. Era como un cuadro, todas las cosas que conocía, y la misma actitud, y la atmósfera, llena de quietud, sin ser perturbada por nada. Tiré del brazo de Mr. Pitmilly antes de soltarle. «¡Ves, ves!», grité. Me lanzó la mirada más desconcertada, como si hubiera querido llorar. ¡No veía nada! Estaba segura de ello por sus ojos. Era un hombre anciano, y en él no había visión. Si hubiera llamado a Janet, ella lo habría visto todo.

—¡Querida! —dijo—. ¡Querida!

Agitó las manos de manera impotente.

—Ha estado ahí todas esas noches —exclamé—, y pensé que usted podría decirme quién era y qué estaba haciendo; y que quizás podría llevarme a esa habitación y enseñármela, para que yo pudiera contárselo a papá. Papá lo entendería, le gustaría escucharlo. Oh, ¿no puede decirme qué trabajo está haciendo, Mr. Pitmilly? ¡Nunca levanta la cabeza mientras la luz proyecta sombra, y luego cuando es así se vuelve y piensa, y descansa!

Mr. Pitmilly temblaba, fuera de frío o no sé de qué. Dijo, con un temblor en la voz: «Mi querida jovencita, mi querida...», y luego se detuvo y me miró como si fuera a llorar.

—Es una lástima, una lástima —dijo; y luego con otra voz—: Voy a cruzar para traer a su tía Mary a casa; ¿entiende usted, pobrecita, que voy a traerla a casa?

Me alegré cuando se marchó, pues no podía ver nada; y me quedé sola en la oscuridad que no era oscuridad, sino una luz clarísima: una luz como ninguna que hubiera visto nunca. ¡Qué clara estaba aquella habitación! No deslumbrante como la luz de gas y las voces, sino tan quieta, todo tan visible, como si estuviera en otro mundo. Oí un pequeño frufrú detrás de mí, y allí estaba Janet, mirándome fijamente con dos grandes ojos muy abiertos. Solo era un poco mayor que yo. La llamé.

—Janet, ven aquí, ven aquí, y le verás. ¡Ven aquí y véle!

Impaciente ante su timidez y su quedarse atrás.

—¡Oh, mi bonita señorita! —dijo, y se echó a llorar.

Golpeé el suelo con el pie, indignada porque no quería venir, y ella huyó ante mí con un frufrú y un revuelo de prisa, como si me tuviera miedo. ¡Ninguno, ninguno de ellos! Ni siquiera una chica como yo, con la vista en los ojos, querría comprender. Me volví de nuevo y tendí las manos hacia él, sentado allí, que era el único que sabía.

—Oh —dije—, ¡dime algo! No sé quién eres ni qué eres; pero estás solo, y yo también estoy sola; y solo... siento por ti. ¡Dime algo!

No esperaba que me oyera, ni esperaba ninguna respuesta. ¿Cómo podría oírme, con la calle entre nosotros, y su ventana cerrada, y todo el murmullo

de las voces y la gente que estaba ahí fuera? Pero por un momento me pareció que éramos solo él y yo en el mundo entero.

Pero me quedé sin aliento, que casi se me había ido, cuando le vi moverse en la silla. ¡Me había oído, aunque yo no sabía cómo! Se levantó, y yo me levanté también, sin palabras, incapaz de nada salvo de este movimiento mecánico. Parecía atraerme como si yo fuera una marioneta movida por su voluntad. Se acercó a la ventana, y se quedó de pie mirando al otro lado hacia mí. Estaba segura de que me miraba a mí. Por fin me había visto: por fin había descubierto que alguien, aunque no fuera más que una chica, le estaba observando, buscándole, creyendo en él. Estaba en tal angustia y agitación de ánimo, y temblando tanto, que no podía mantenerme en pie, sino que caí de rodillas en el alféizar, apoyándome en la ventana, sintiendo como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho. No puedo describir su cara. Estaba toda tenue, y sin embargo había una luz en ella: creo que debía de ser una sonrisa; y tan atentamente como yo le miraba, él me miraba a mí. Su cabello era rubio, y había un pequeño temblor en torno a sus labios. Luego puso las manos en la ventana para abrirla. Estaba rígida y difícil de mover; pero al fin la forzó y la abrió con un sonido que resonó a lo largo de toda la calle. Vi que la gente lo oyó, y varios levantaron la vista. En cuanto a mí, junté las manos, apoyando la cara contra el cristal, atraída hacia él como si pudiera haber salido de mí misma, el corazón fuera de mi pecho, los ojos fuera de mi cabeza. Él abrió la ventana con un ruido que se oyó desde la Puerta del Oeste hasta la abadía. ¿Podía alguien dudarlo?

Y luego se inclinó hacia afuera de la ventana, mirando afuera. No había nadie en la calle que no tuviera que haberle visto. Me miró a mí primero, con un pequeño gesto de su mano, como si fuera un saludo, y sin embargo no exactamente eso tampoco, pues me pareció que me hacía señas de que me alejara; y luego miró arriba y abajo en el tenue brillo del día que terminaba, primero al este, hacia las viejas torres de la abadía, y luego al oeste, a lo largo de la ancha línea de la calle por la que tanta gente iba y venía, pero tan poco ruido: todos como gente hechizada en un lugar hechizado. Le observé con tal ternura derretida, con tal profunda satisfacción como las palabras no podrían decir; pues nadie podría decirme ahora que no estaba allí, nadie podría decir que estaba soñando. Le observé como si no pudiera respirar: el corazón en la garganta, los ojos en él. Miró arriba y abajo, y luego volvió la mirada hacia mí. Yo fui la primera, y fui la última, aunque

no fue por mucho tiempo: él sí sabía, él sí vio, quién era la que le había reconocido y había simpatizado con él todo ese tiempo. Estaba en una especie de éxtasis, y también de estupor; mi mirada seguía a su mirada, siguiéndola como si fuera su sombra; y entonces de repente se había ido, y ya no le vi.

Caí de nuevo en mi asiento, buscando algo que me sostuviera, algo en que apoyarme. Había levantado la mano y me había hecho una vez más ese gesto. Cómo se fue no puedo decirlo, ni adónde fue; pero en un momento había desaparecido, y la ventana seguía abierta, y la habitación se iba apagando hasta la quietud y la penumbra, y con todo tan clara, con todo su espacio, y el gran cuadro en su marco dorado en la pared. No me producía ningún dolor verle irse. El corazón estaba tan satisfecho, y yo tan agotada y colmada: pues ¿qué duda o pregunta podía haber sobre él ahora?

Mientras estaba echada hacia atrás tan débil como el agua, la tía Mary entró detrás de mí y voló hacia mí con un pequeño frufú como si hubiera venido en alas, y me pasó los brazos, y apoyó mi cabeza en su pecho. Había empezado a llorar un poco, con sollozos como una niña.

— ¡Le viste, le viste! — dije.

Apoyarme en ella, y sentirla tan suave y tan bondadosa, me producía un placer que no puedo describir, y sus brazos en torno a mí, y su voz diciéndome «Cariño, mi cariño», como si también ella estuviera casi llorando. Tendida allí volví en mí, con dulzura, agradecida por todo. Pero quería algún aseguramiento de ellos de que también ellos le habían visto. Hice un gesto con la mano hacia la ventana que seguía abierta, y la habitación que se iba adentrando en la penumbra suave.

— ¿Esta vez lo habéis visto todo? — dije, poniéndome más ansiosa.

— ¡Cariño! — dijo la tía Mary, dándome un beso; y Mr. Pitmilley empezó a pasear por la habitación con pasos cortos y rápidos detrás de nosotras, como si estuviera impaciente. Me incorporé y aparté los brazos de la tía Mary. «¡No podéis ser tan ciegos, tan ciegos! — exclamé—. ¡Oh, al menos esta noche, al menos esta noche!» Pero ninguno de los dos hizo ninguna respuesta. Me sacudí del todo, libre, y me erguí. Y allí, en medio de la calle, estaba el chico del panadero como una estatua, mirando boquiabierto a la ventana abierta, con la boca abierta y la cara llena de asombro: sin aliento, como si no pudiera creer lo que veía. Me lancé hacia adelante, llamándole,

y le hice señas de que viniera hacia mí. «¡Oh, que le traigan! ¡Tráiganle, tráiganle aquí!», grité.

Mr. Pitmilly salió enseguida y agarró al chico por el hombro. No quería venir. Era extraño ver al pequeño anciano caballero, con su hermoso volante y su alfiler de diamante, de pie en la calle, con la mano en el hombro del chico, y los otros chicos alrededor, todos en un pequeño grupo. Y enseguida se dirigieron hacia la casa, los demás siguiéndoles todos, boquiabiertos y asombrados. Entró de mala gana, casi resistiéndose, con cara de que le fuéramos a hacer algún daño. «Venga aquí, muchacho, ven y habla con la señorita», decía Mr. Pitmilly. Y la tía Mary tomó mis manos para retenerme. Pero yo no me dejé retener.

—Chico —dije—, tú también lo viste: lo viste, díselo a ellos. Eso es lo que quiero, y nada más.

Me miraba como lo hacían todos, como si pensarán que estaba loca.

—¿Qué quiere de mí? —dijo; y luego—: Yo no he hecho nada malo aunque le tirara un pedrusquito, que no es ningún pecado tirar una piedra.

—¡Pillo! —dijo Mr. Pitmilly, dándole un sacudón—. ¿Has estado tirando piedras? Algún día matarás a alguien con tus piedras.

El anciano caballero estaba confuso y desconcertado, pues no comprendía lo que yo quería ni nada de lo que había ocurrido. Y entonces la tía Mary, tomando mis manos y atrayéndome cerca de ella, habló.

—Muchacho —dijo—, contesta a la señorita, como buen chico que eres. No tenemos intención de encontrarte falta alguna. Respóndele, hijo, y luego Janet te dará la cena antes de que te vayas.

—¡Oh habla, habla! —exclamé—. ¡Respóndeles y díselo! ¿Viste abrirse esa ventana, y al caballero asomarse y hacer señas con la mano?

—No vi ningún caballero —dijo, con la cabeza baja—, salvo este caballero de aquí.

—Escúchame, muchacho —dijo la tía Mary—. Te vi de pie en mitad de la calle mirando. ¿Qué estabas mirando?

—No era nada para ponerse así. Era solo esa ventana de ahí de la biblioteca que no es ninguna ventana. Y estaba abierta como que me llamo

como me llamo. Que os riáis si queréis. ¿Es eso todo lo que quiere de mí?

—Estás diciendo una sarta de mentiras, muchacho —dijo Mr. Pitmilly.

—No digo ninguna mentira: estaba abierta de par en par igual que cualquier otra ventana. Tan cierto como que estoy aquí. Yo mismo no me lo podía creer; pero es verdad.

—Y ahí está —exclamé, volviéndome y señalándola con gran triunfo en el corazón. Pero la luz era toda gris, había se había desvanecido, había cambiado. La ventana era exactamente como siempre había sido: una interrupción sombría en la pared.

Me trataron como a una inválida toda aquella tarde, y me subieron a la cama, y la tía Mary se quedó en mi cuarto toda la noche. Cada vez que abría los ojos, ella siempre estaba allí sentada muy cerca de mí, vigilando. Y nunca en toda mi vida hubo una noche tan extraña. Cuando me ponía a hablar en mi excitación, me besaba y me acallaba como a una niña.

—Oh, cariño, ¡no eres la única! —dijo—. ¡Oh, calla, calla, criatura! ¡No debería haberte dejado quedarte allí!

—Tía Mary, tía Mary, ¿también tú le has visto?

—¡Oh, calla, calla, cariño! —dijo la tía Mary: le brillaban los ojos, tenía lágrimas en ellos—. ¡Oh, calla, calla! Quita eso de tu mente e intenta dormir. No diré ni una palabra más —exclamó.

Pero yo tenía los brazos en torno a ella y la boca en su oído.

—¿Quién es ese que está allí? Dímelo, y no preguntaré más.

—¡Oh, cariño, descansa e intenta dormir! Es solo... ¿cómo puedo decírtelo? ¡Un sueño, un sueño! ¿No oíste lo que dijo lady Carnbee? Las mujeres de nuestra sangre...

—¿Qué? ¿Qué? Tía Mary, oh, tía Mary...

—No puedo decírtelo —exclamó, agitada—. ¡No puedo decírtelo! ¿Cómo voy a decírtelo, cuando yo sé solo lo que tú sabes, y nada más? Es un anhelo toda la vida... es un buscar lo que nunca llega.

—Él vendrá —exclamé—. Le veré mañana; de eso estoy segura, lo sé.

Me besó y lloró sobre mí, con la mejilla caliente y húmeda como la mía.

—Cariño, intenta si puedes dormir: intenta si puedes dormir; y esperaremos a ver qué trae el mañana.

—No tengo miedo —dije; y luego supongo, aunque es extraño pensarlo, que debo de haberme dormido: estaba tan agotada, y era tan joven, y no estaba acostumbrada a quedarme despierta en la cama. De vez en cuando abría los ojos, y a veces me incorporaba de un salto recordando todo; pero la tía Mary estaba siempre ahí para tranquilizarme, y volvía a tumbarme bajo su amparo como un pájaro en su nido.

Pero no les dejé tenerme en cama al día siguiente. Estaba en una especie de fiebre, sin saber lo que hacía. La ventana era del todo opaca, sin el más mínimo destello, plana y en blanco como un trozo de madera. Nunca desde el primer día la había visto tan poco parecida a una ventana. «No es de extrañar», me dije a mí misma, «que viéndola así, y con ojos que son viejos, no tan claros como los míos, piensen lo que piensan.» Y luego sonreí para mis adentros pensando en la tarde y en la larga luz, y en si volvería a asomarse, o solo me haría una señal con la mano. Decidí que prefería eso: no que se tomara la molestia de acercarse y abrirla de nuevo, sino solo un vuelco de su cabeza y un gesto de su mano. Sería más amistoso y mostraría más confianza: no como si yo necesitara esa clase de demostración todas las noches.

No bajé por la tarde, sino que me quedé en mi propia ventana arriba, sola, hasta que terminara la tertulia de té. Les oía hacer mucha algarabía; y estaba segura de que estaban todas en el mirador mirando la ventana, riéndose de la chiquilla tonta. ¡Que se rieran! Me sentía por encima de todo eso ahora. En la cena estaba muy inquieta, con prisa por acabar; y creo que la tía Mary también estaba inquieta. Dudo que leyera su Times cuando llegó; lo desplegó de modo que la resguardaba, y vigilaba desde un rincón. Y yo me acomodé en el mirador, con el corazón lleno de expectativa. No quería nada más que verle escribir en su mesa, y volver la cabeza y hacerme un pequeño gesto con la mano, solo para demostrar que sabía que yo estaba allí. Me quedé sentada desde las siete y media hasta las diez; y la luz del día se fue suavizando y suavizando, hasta que al fin era como si brillara a través de una perla, y no se veía ninguna sombra. Pero la ventana todo el tiempo era tan negra como la noche, y no había nada, nada allí.

Bueno: pero otras noches había sido así: él no estaría allí todas las noches solo para complacerme. Hay otras cosas en la vida de un hombre, de un gran hombre de letras como ese. Me dije que no estaba decepcionada. ¿Por qué iba a estarlo? Habían sido otras noches en que no estaba allí. La tía Mary me observaba, cada movimiento que hacía, con los ojos brillantes, a menudo húmedos, con una compasión en ellos que casi me hacía llorar; pero sentía como si le tuviera más lástima a ella que a mí misma. Y entonces me lancé sobre ella, y le pregunté una y otra vez qué era aquello, y quién era, suplicándole que me lo dijera si lo sabía; ¿y cuándo le había visto, y qué había pasado, y qué significaba lo de las mujeres de nuestra sangre? Me dijo que cómo era no podía decírmelo, ni cuándo: llegaba en el tiempo en que tenía que llegar; y que todas le veíamos en nuestro tiempo. «Es decir», dijo, «las que son como tú y como yo.» ¿Qué era lo que la hacía a ella y a mí diferentes de las demás? Pero solo sacudió la cabeza y no quiso decírmelo. «Dicen», dijo, y luego se detuvo de repente. «Oh, cariño, intenta olvidarlo todo. ¡Si hubiera sabido que eras de esa clase! Dicen que hubo uno que era un Estudioso, y que le gustaban más los libros que el amor de ninguna dama. Cariño, no me mires así. ¡Pensar que te he traído todo esto!»

—¿Era un Estudioso? —exclamé.

—Y una de las nuestras, que debió de ser una mujer ligera, no como tú ni como yo. Pero quizás fue solo en su inocencia; pues ¿quién puede saberlo? Le hacía señas y le hacía señas para que cruzara; y ese anillo era la señal; pero él no quería venir. Pero ella seguía sentada en su ventana haciéndole señas una y otra vez, hasta que al final sus hermanos se enteraron, que eran hombres de empuje; y entonces... ¡oh, cariño, no hablemos más de ello!

—¡Le mataron! —exclamé, arrebatada. Y luego la agarré con las manos, y le di un sacudón, y me aparté de ella—. ¡Me cuentas eso para echarme polvo en los ojos, cuando yo le vi anoche mismo: y tan vivo como yo, y tan joven!

—¡Mi cariño, mi cariño! —dijo la tía Mary.

Después de eso no le hablé en mucho tiempo; pero ella se mantuvo cerca de mí, no alejándose cuando podía evitarlo, y siempre con esa compasión en los ojos. Porque la noche siguiente fue lo mismo; y la tercera noche. Aquella tercera noche pensé que no podría aguantar más. ¡Tendría que hac-

er algo si tan solo supiera qué hacer! Si alguna vez llegara a oscurecer de verdad, completamente oscuro, quizás habría algo que hacer. Tenía sueños alocados de escabullirme de la casa y conseguir una escalera, y subir para intentar abrir esa ventana en mitad de la noche; si quizás podría lograr que el chico del panadero me ayudara; y luego mi mente se fue en un torbellino, y era como si ya lo hubiera hecho; y casi podía ver al chico poniendo la escalera en la ventana, y le oía gritar que no había nada allí. ¡Oh, qué lenta era la noche! ¡Y qué luminosa todo, y cada cosa tan clara! Sin oscuridad que te cobijara, sin sombra, ni en un lado de la calle ni en el otro. No podía dormir, aunque me obligaban a acostarme. Y en la profunda medianoche, cuando en todos los demás lugares está muy oscuro, me escurrí muy silenciosamente escaleras abajo, aunque había una tabla en el rellano que crujía, y abrí la puerta y salí. No había un alma que ver, de la abadía a la Puerta del Oeste; y los árboles se erguían como fantasmas, y el silencio era terrible, y todo tan claro como el día. No sabes lo que es el silencio hasta que lo encuentras en una luz así: no la madrugada sino la noche, sin ningún amanecer, sin ninguna sombra, pero todo tan claro como el día.

No cambiaba nada conforme pasaban los lentos minutos: la una, las dos. ¡Qué extraño era oír los relojes dar las horas en aquella luz muerta cuando no había nadie que los oyera! Pero no cambiaba nada. La ventana estaba completamente en blanco; hasta las marcas de los paneles parecían haberse fundido. Me escurrí de nuevo escaleras arriba después de mucho tiempo, por la casa silenciosa, en la clara luz, fría y temblando, con la desesperación en el corazón.

Estoy segura de que la tía Mary debe de haber estado en vela y haberme visto volver, porque poco después oí leves sonidos en la casa; y muy temprano, cuando había entrado un poco de sol en el aire, vino a mi cabecera con una taza de té en la mano; y también ella tenía aspecto de fantasma.

—¿Tienes calor, cariño, estás cómoda? —dijo.

—No importa —dije.

No sentía como si importara nada; a no ser que pudiera uno meterse en la oscuridad en algún sitio: la oscuridad suave y profunda que te cubriría y te escondería, aunque no podría decir de qué. Lo terrible era que no había nada, nada a lo que buscar, nada de lo que esconderse: solo el silencio y la luz.

Ese día mi madre vino y se me llevó a casa. No había oído que venía; llegó de manera del todo inesperada, y dijo que no tenía tiempo de quedarse, sino que tenía que partir esa misma tarde para estar en Londres al día siguiente, pues papá había decidido ir al extranjero. Al principio tuve un pensamiento alocado de que no iría. Pero ¿cómo puede decir una chica «no iré» cuando su madre ha venido a buscarla, y no hay ningún motivo, ningún motivo en el mundo para resistirse, y ningún derecho? Tenía que ir, quisiera lo que quisiera o dijera lo que dijera cualquiera. Los queridos ojos de la tía Mary estaban húmedos; andaba por la casa secándolos en silencio con el pañuelo, pero siempre decía: «Es lo mejor para ti, cariño: lo mejor para ti.» ¡Oh, cuánto odiaba oírlo decir que era lo mejor, como si algo importara, uno más que otro! Las señoras ancianas estaban todas allí por la tarde, lady Carnbee mirándome desde bajo su encaje negro, y el diamante agazapado, lanzando dardos desde bajo su dedo. Me dio palmaditas en el hombro y me dijo que fuera una buena chica.

—Y nunca te fíes de lo que ves desde la ventana —dijo—. El ojo es tan engañoso como el corazón.

Siguió dándome palmaditas en el hombro, y sentí de nuevo como si esa piedra aguda y malvada me picara. ¿Era eso lo que quería decir la tía Mary cuando dijo que ese anillo era la señal? Pensé después que vi la marca en el hombro. Diréis ¿por qué? ¿Cómo puedo decir por qué? Si lo hubiera sabido, habría quedado satisfecha, y ya no habría importado más.

Nunca volví a St. Rule's, y durante años de mi vida nunca volví a mirar por una ventana cuando había otra ventana a la vista. Me preguntáis si le vi alguna vez de nuevo. No puedo decirlo: la imaginación es una gran embaucadora, como dijo lady Carnbee; y si él se quedó allí tanto tiempo, solo para castigar al linaje que le había agraviado, ¿por qué habría de haberle visto yo de nuevo? Pues yo ya había recibido mi parte. Pero ¿quién puede saber lo que ocurre en un corazón que tan a menudo, tan a menudo, y durante tanto tiempo, vuelve a cumplir su cometido? Si era él a quien he vuelto a ver, la ira ha desaparecido de él, y tiene buenos propósitos y ya no malos para la casa de la mujer que le amó. He visto su cara mirándome desde una multitud. Hubo una vez en que volví a casa viuda de la India, muy triste, con mis hijitos: estoy segura de que le vi allí entre toda la gente que venía a dar la bienvenida a sus seres queridos. No había nadie para darme la bienvenida a mí, pues no me esperaban; y estaba muy triste, sin una cara conocida; cuan-

do de repente le vi, y me hizo señas con la mano. El corazón se me alzó de nuevo: había olvidado quién era, solo que era una cara que conocía, y desembarqué casi con ánimo, pensando que allí había alguien que me ayudaría. Pero había desaparecido, como desapareció de la ventana, con ese único gesto de la mano.

Y de nuevo me acordé de todo cuando murió la vieja lady Carnbee, anciana, ancianísima, y se encontró en su testamento que me había dejado ese anillo de diamante. Le tengo miedo todavía. Está guardado en una vieja caja de madera de sándalo en el trastero de la pequeña y vieja casa de campo que me pertenece, pero en la que nunca vivo. Si alguien se lo llevara, sería un alivio para mi ánimo. Y sin embargo nunca supe qué quería decir la tía Mary cuando dijo que ese anillo era la señal, ni qué pudo tener que ver con aquella extraña ventana de la vieja Biblioteca del Colegio de St. Rule's.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**